DANIEL RUIZ

CAMINANTE DE ESTATUAS



Áurea Ediciones

© El caminante de estatuas
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Septiembre 2024
© Daniel Ruiz
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Marco “Peyeyo” Morales
Corrección de textos: Felipe Reyes
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual: Nº 2022-A-2761

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO UNO

Era el tercer día en que detenía su caminata en la plaza Victoria. El pedestal de una de las cuatro estatuas de mujeres con rasgos de las estaciones estaba vacío.

—¿Dónde está la primavera? —se preguntó el caminante. Tal como los dos días anteriores, había llegado a pie hasta ahí, al centro mismo de la ciudad, desde su casa en avenida Francia, bastante arriba en la subida de un cerro. Por tercera vez había pasado por el curvado desvío que era la calle Baquedano, luego por la larga escalera que era el pasaje Teniente Pinto, saliendo de los cerros al llegar a las tan cercanas calles Lastra y Carrera, y finalmente a la céntrica avenida Independencia, que daba directo a la plaza donde terminaba su recorrido.

Por tercera vez tomaba un camino diferente, inconscientemente buscando las calles menos céntricas, aunque de todas formas terminaba en el centro.

Por tercer día consecutivo se preguntaba lo mismo. La estatua de la mujer adornada como la primavera no estaba.

—Desapareció hace poco más de un año —respondió una voz profunda tras él.

"¿Quién…?", pensó el caminante, volteándose enseguida para ver quién le había hablado.

No había nadie ahí. No le dio mayor importancia, concentrado en el pedestal vacío. Lo rodeó un par de veces, luego dio algunas vueltas por la plaza. Se recostó en una de las dos estatuas de leones que descansan entre las cuatro, o tres, estatuas de mujeres. Al darse cuenta de que el cielo se oscurecía, decidió volver. Se alejó más de los cerros por calle Edwards hasta la amplia avenida Errázuriz, paralela a la costa de la ciudad, y por ahí, mirando al mar, llegó a avenida Francia, donde volvió a la cercanía de los cerros y caminó hacia arriba hasta llegar a su hogar.

Fue una noche como cualquiera. Recibió una llamada de una amiga, hablaron sobre incontables detalles que ambos disfrutaban del atardecer por un corto rato y, después de despedirse y colgar el teléfono, pensó en cuánto la amaba. Ni siquiera soñó al dormir.

Al día siguiente, un poco más tarde que el anterior, caminó nuevamente hasta la plaza Victoria. No se fijó en el camino, tal vez era el mismo del primer día, tal vez el mismo del segundo, tal vez el mismo del tercero, no lo supo. Llegó cuando el cielo ya comenzaba a oscurecerse. "Podría ver el atardecer en Errázuriz", pensó, pero no se movió de la plaza. Caminó un rato alrededor de la fuente, hasta quedarse frente al pedestal vacío.

—¿Aún esperas a la primavera? —era la misma profunda voz del día anterior. Le habló pocos segundos después de que se quedara quieto, mirando el lugar de la estatua desaparecida.

Y tal como la primera vez, se volteó enseguida para descubrir que no había nadie ahí. A diferencia de aquella vez,

sintió un calor invadiéndolo desde adentro, esparciéndose por sus venas. Caminó alrededor del pedestal, rodeó una y otra vez la zona, pero nadie le dijo nada. Nadie lo miraba. No podía saber si la persona que le habló seguía ahí. Cuando su curiosidad se calmó y dejó de sentir ese repentino calor, se sentó en una banca de la plaza, mirando hacia atrás, al suelo, al pedestal vacío, nuevamente hacia atrás, y así por varias horas. Decidió volver a su hogar al darse cuenta de que ya faltaba poco para la madrugada.

No recibió llamadas telefónicas esa noche. Casi no se dio cuenta de la sensación de vacío que eso le dejó. Casi.

A la mañana siguiente despertó más tarde de lo habitual, pensando en esa voz que le hablaba en la plaza. Se encaminó hacia allá más temprano que los días anteriores. No pensaba en volver a mirar el pedestal vacío, quería saber de quién era esa voz. Tan concentrado estaba durante la caminata que nuevamente no se fijó en los lugares que recorría.

Toda su concentración en aquella voz se esfumó al llegar a la plaza, donde vio que alguien más estaba mirando el pedestal vacío.

Era su amiga con quien había hablado por teléfono hacía poco. Solían llamarse durante las noches, además de verse bastante seguido. Estaba enamorado de ella desde que la conoció.

—Hola —le dijo sonriente ella al voltearse y verlo, haciéndolo darse cuenta de que se había quedado pasmado mirándola.

—Hola, no esperaba verte aquí —respondió él, saliendo de su sorpresa.

—No esperaba venir hoy, la verdad, pero salí temprano del trabajo. ¿Cómo estás? —Lo miraba a los ojos con

gentileza.

—Bien, algo aquí me tiene perdido, pero bien, ¿y tú?

—Algo cansada, nada más. ¿Perdido? ¿Será porque falta la estatua de la primavera? —siempre al escucharlo parecía distinguir lo que había detrás.

—Bueno, sí, eso también…

—¿Qué pasa? —no era primera vez que la escuchaba preocupada por él, con esa preocupación tan gentil como su mirada directa y sus palabras acertadas.

—Ayer, y el día anterior, mientras miraba el pedestal vacío, alguien me habló, y luego no pude encontrarlo. Era una voz extraña, y fue como si desapareciera.

—Qué extraño… ¿Crees que hoy pase de nuevo?

—Vine pensando solamente en eso, pero ahora espero que no pase. Es un lindo día.

—Lo es. ¿Nos sentamos? —y volvió a sonreírle.

—Claro.

El resto del día fue tranquilo. El caminante no supo cómo, era lo último que pensaba que podría suceder, pero, sin saberlo o tal vez sin admitirlo, era lo primero que deseaba que sucediera. Conversando con la persona que amaba sobre tantas cosas, desde miedos de la infancia hasta las hojas de cada árbol hasta posibles sueños del futuro, primero sentados cerca del pedestal vacío, luego caminando bajo los árboles, mirando la fuente del centro de la plaza, y finalmente acompañándola hasta su hogar, todavía y siempre hablando en tan sencilla confianza, su preocupación por aquella extraña voz, tal como su curiosidad por la estatua desaparecida, pasaron a segundo plano. No era primera vez que la sola presencia de ella ocultaba todos sus otros pensamientos.